

Lai de Narciso. Relato anónimo del siglo XII en versos octosílabos.

Traducción del francés antiguo y presentación de Mario Botero García.
Universidad de París III – Sorbonne Nouvelle

Compuesto por un autor anónimo en la segunda mitad del siglo XII, el *Lai de Narciso* hace parte de un movimiento de regreso a la Antigüedad que se da en el espacio anglonormando (en el reino de Enrique II Plantagenêt) bajo el impulso de Leonor de Aquitania. Las «traducciones» de obras de la Antigüedad –el *Roman de Thèbes* (hacia 1150, inspirado en la *Tebaida* de Estacio), el *Roman d'Enéas* (hacia 1156, inspirado en la *Eneida* de Virgilio) y el *Roman de Troie* (hacia 1165, adaptado de varias fuentes latinas tardías)– se encuentran a la base de este movimiento y al mismo tiempo dan origen al *roman*, género literario a la base de la novela moderna. En estas obras se expresan ya la problemática y los síntomas del llamado «amor cortés»: quejas, sufrimientos, monólogos interiores, etc.

La adaptación medieval de obras de la Antigüedad obedece a una demanda social: ya que solamente una minoría restringida tiene acceso a la cultura en lengua latina, se busca hacer llegar a un público advertido, pero que ignora el latín, estas obras en *roman* es decir en lengua vernácula. En estas adaptaciones el mundo antiguo se transforma en un mundo feudal, donde los valores de la cortesía, de la proeza y del amor están íntimamente ligados.

Ovidio es un autor privilegiado por los clérigos medievales cuya obra constituye el pre-texto a varias adaptaciones; en el siglo XII son «traducidos» tres relatos sacados de las *Metamorfosis*: *Narcisse*, *Pyrame et Thisbé* y *Philomena* (atribuido este último a Chrétien de Troyes). A esto se añaden varias versiones del *Arte de Amar* y, en el siglo XIV, se traducen las *Metamorfosis* completas bajo el título significativo de *Ovide moralisé*.

Inspirado pues en las *Metamorfosis* de Ovidio (libro III, vv. 339-512), el *Lai de Narciso* amplía a mil diez versos octosílabos los setenta y cuatro versos del poema latino. El proceso de amplificación, como en los *romans* inspirados de la Antigüedad, se basa esencialmente en la inserción en la trama narrativa de retratos, descripciones, diálogos y monólogos. El autor medieval conserva prácticamente la trama narrativa original, pero al mismo tiempo modifica profundamente la obra antigua; en efecto, para Ovidio la historia de Narciso es sólo un pretexto para poner en evidencia el poder adivinatorio de Tiresias y para explicar el origen de la flor llamada narciso. La versión medieval elimina completamente la metamorfosis para hacer énfasis en el peligro que representan para el hombre el orgullo y la indiferencia hacia los sufrimientos del ser que ama: al oponerse al amor, el orgullo puede conducir a la muerte. Es clara pues la dimensión ejemplarizante que adopta el *Narciso* del siglo XII. Con este objetivo el estatuto de los personajes es modificado: la

ninfa Eco, enamorada sin esperanzas de Narciso en el poema de Ovidio, se transforma en la versión medieval en la hermosa Dané, hija del rey de Tebas; Narciso es presentado bajo los rasgos de un bello adolescente, indiferente a los encantos femeninos y cuyo único interés es la caza. Ambos personajes sufrirán los embates del dios de Amor. Desde este punto de vista, el amor y la descripción de sus efectos ocupan un lugar importante. El amor es presentado como un sentimiento que no se puede controlar, íntimamente unido a la violencia del deseo, a la fascinación por la belleza del otro o de sí mismo. El autor de *Narciso* opta entonces por una moralización del amor, al condenar la actitud de Dané y de Narciso, al mismo tiempo que la desmesura de la pasión. Impacta no obstante la audacia y la libertad con la que el autor del siglo XII da cuenta de un universo pagano, sumido a las puras leyes del deseo y completamente alejado de toda alusión cristiana.

Nuestra traducción ha sido realizada sobre la edición de Margaret M. Pelan y Nicol C. W. Spence, *Narcisus, poème du XII^e siècle* (publications de la faculté des Lettres de l'Université de Strasbourg, fascicule 147, 1964). Hemos conservado sin embargo en el título el sustantivo *lai* (término que denota generalmente un relato breve de origen y tema bretones) presente en el manuscrito C (París BNF, fr. 2168) y que la edición no conserva pero que a nuestro parecer relaciona curiosamente la Materia de Roma con la Materia de Bretaña. Con vistas a una mejor comprensión, hemos modificado la puntuación así como la distribución en párrafos propuesta por el texto editado.

Lai de Narciso

Que alguien quiera hacer todo sin consejo y luego salga perjudicado, de esto no me maravillo. Todas las cosas deben observarse con buen sentido y medida. Bien debe aquel que en la mar se aventura ver qué le anuncia el tiempo y cuando constata que tiene buen viento entonces puede navegar en seguridad. De la misma manera, aquel que se interesa por el amor y quiere conducirse con sabiduría, debe tener cuidado, al comienzo, de no dejarse demasiado enredar, pues una vez que haya comenzado a amar y esté más o menos conquistado, ya no es dueño de su suerte: para bien o para mal ya no puede abandonar.

Sin embargo, si aquel que se abandona de forma insensata al amor se siente atrapado y destrozado, es bien razonable y justo que el objeto de su amor escuche su plegaria y que no sea con él demasiado altiva, pues pronto puede salir perjudicada por su orgullo y por su ultraje. Pero el amor que Naturaleza aprueba, con tal que sea recíproco y que agrade plenamente a los dos amantes, es un sentimiento que se debe lealmente cultivar. Y cuando es una mujer quien hace una plegaria de amor, yo quiero, y lo digo francamente, que aquel, quien quiera que sea, que la desdeñe, sea ahorcado o quemado vivo. Numerosos son los seres, lo hemos visto, que han sufrido las desgracias del amor. Narciso que murió de amar nos debe servir de ejemplo. Amor y su poder desdeñaba. Este después obtuvo una terrible venganza: a un semejante amor lo incitó del cual recibió la muerte al final.

Había un adivino, nacido en Tebas, que había demostrado decir la verdad. Nadie había podido constatar, ni por experiencia saber, que él hubiera dicho otra cosa que no fuera verdad; por esto tenía en Tebas un gran renombre. Una dama de la ciudad le llevó un hijo suyo para que le dijera lo que le parecía y si podría vivir largo tiempo. El adivino le respondió sin malicia alguna: «Cuida

bien que él no se vea: no vivirá mucho si él se ve.» La dama lo oye pero no le cree; burlándose de él se devuelve y dice que su predicción no vale nada. Mucho tiempo se estuvo en la duda pero al final vino la prueba.

Narciso creció y se desarrolló y ya tenía alrededor de quince años. Su cuerpo era bello, de estatura conveniente. Jamás nació una criatura tan bella ni tan agradable. Naturaleza hizo gala de todo su arte al dibujar sus rasgos y moldearlos, y es con mucho esfuerzo que pudo realizar su proyecto; pues ella puso en él tanta belleza que jamás pudo nada imaginar que en él no lo quisiera mostrar. Primero hizo los ojos sonrientes, dulces y brillantes, claros y resplandecientes (pero además de lo que ella hizo, el dios de Amor de lo suyo también puso: él le concedió un dulce mirar que a todo el mundo inflama y enciende); enseguida Naturaleza hizo la nariz y luego el rostro más claro que un cristal o un espejo. Los dientes, perfectamente ordenados, los hizo blancos como nieve. Los labios juntó de tal manera que dejó un poco de abertura entre ellos, tal como conviene y debe ser (cuando ella hizo la boca, Amor un tal dulzor allí puso que toda mujer que una vez lo respira de su amor se enciende y se prende). Luego le formó el mentón y por todas partes lo va puliendo con su mano, tanto que lo hace suave y liso. Claras y brillantes dibuja las cejas. La piel de la frente, tierna y fina, los cabellos crespos y ondulados que brillan más que oro puro. Cuando hizo todo a su gusto, le esparce por el rostro, en la cara aún pálida, un color que no es nada artificial y que no cambia ni se altera. Así haga buen tiempo o así llueva, no se deshace en absoluto; así es en la tarde como en la mañana, al mismo tiempo blanco y bermejo. El mismo Amor se sorprende de semejante realización. Todo mira y no reprueba nada; todo lo que ve le parece que no puede estar mejor dispuesto. Con tal esfuerzo y con tal cuidado y con tal sentido lo hizo Naturaleza.

El joven tenía ya quince años, era muy bello y agradable y le gustaba mucho cazar los animales del bosque y del río. Estas eran sus diversiones, y su preocupación era que él pudiera encontrar un ciervo o un jabalí; de esto no puede su corazón desviar. Del amor no se preocupa ni sabe nada. Las mujeres detesta y evita su compañía. Pero un día, por aventura, salió del bosque cansado y agotado; de correr tras la caza estaba todo acalorado. Pero esto había acrecentado su belleza, pues su tez era aún más fresca. Pasaba así frente a una torre.

La hija del rey de la ciudad miró hacia abajo por la ventana (Dané se llamaba la doncella; en toda Tebas no existía una más bella). Ella distingue al joven; lo ve tan altivo, tan agradable, tan bello, el talle esbelto, ancho de pecho, los brazos bien hechos, musculosos. Largos y delgados los dedos y las piernas y los pies derechos. Ve el caballo que se encabrita y hace resonar todo el camino. De todo aquello que ella ve nada le disgusta. Ella observa a Narciso intensamente y no se mueve, con tal que pueda mirarle. Ella mucho se maravilla (y con razón) de por qué le mira con tanto agrado si siente al mismo tiempo una gran inquietud. Amor mira hacia su lado, la ve temer y lanza una flecha. La doncella se siente herida; fuera de sí, turbada, y cae toda desmayada. Con dificultad se levanta y con su mano palpa todo su cuerpo pues quiere saber si hay una herida. Pero se da cuenta que es obra de Amor quien le mostrará lo que él es capaz de hacer. Luego dice suspirando al dios de amor que teme tanto:

«¡Ay! ¡Amor, cómo eres poderoso, cómo es grande tu señoría! Tú no temes conde ni rey: al más sabio turbas profundamente. Amor es locura y furor que a todos encierra y ata. Amor enciende, Amor consume, Amor engaña, traiciona y miente, Amor asesina, Amor hace sufrir, Amor hace palidecer el rostro y lo vuelve lívido, Amor seduce, Amor captura en sus redes, Amor conduce la gente por una ruta insensata, Amor les hace tanto cabalgar que no ven más otra vía ni camino.»

Amor ha agitado de esta forma la doncella, que ella no sabe en qué forma se puede contener. Piensa y luego suspira; tiene frío y luego calor; toda tiembla, se estremece y se sobresalta; en tan poco tiempo está tan afectada que ya está completamente pálida. La noche viene, el día pasa. La doncella está cansada de tanto pensar. Su cama está tendida, se acuesta, da muchas vueltas, quiere dormir, pero no puede ser: Amor no se lo permite.

«¡Desdichada, dice ella, pobre de mí! no puedo dormir ni reposarme, estoy aquí dando vueltas en la cama; tengo penas y tormentos. ¿Qué es lo que tengo? ¿Por qué tiemblo así? Mi cama me parece demasiado dura; que Dios maldiga los que anoche debían tenderla, son tan malvados y de mala fe. ¡Oh! ¡Oh! Ya me doy cuenta, el colchón no está bien sacudido, no creo que lo hayan volteado y las plumas están amontonadas. ¡No es extraño pues que me desvele! Tomaré una decisión. Haré levantar las mujeres pues mi cama de plumas debe ser volteada.»

Entonces viste una pelliza gris y se va a la cama de su nodriza, la hace levantar y le dice que le vuelva a tender toda su cama. Esta obedece enseguida, quita el colchón y todas las sábanas, remueve inclusive la paja. La joven misma mete allí las manos: voltea, revoltea, sacude y golpea. Ora quiere la cama alta, ora la quiere baja, ora quiere la cabecera alta, ora los pies bajos, ora la cabecera está muy plana, ora muy estrecha, luego muy grande, o está inclinada de un lado. No para de maldecir la nodriza porque la cama no está a su gusto. Luego le parece que está bien. ¿Sabeis por qué la doncella actúa así? Porque entre tanto ha olvidado al joven; pero cuando hubo un poco reposado y se acuerda otra vez de él, entonces recomienza su pena:

«¡Desdichada! dice ella, ¿Qué puede ser esto? No estoy bien acostada del lado izquierdo, entonces me acuesto del lado derecho, y ¿qué efecto? No me hace daño ni me alivia. No puedo encontrar la forma de estar bien en parte alguna. O es mi cama la causa de mi pena, o estoy más sensible de lo que solía serlo, o tengo en el cuerpo no sé qué locura que así enciende mi corazón. Cuando quiero dormir, tiemblo. Ora me levanto, ora me vuelvo a acostar, ora quiero de nuevo pensar en aquel que vi ayer por aquí pasar. ¿Qué tengo que ver con este hombre? Él es lo que más me hace daño cuando me acuerdo de su belleza. ¡Bello es! ¿De qué sirve si no tiene valor? El es, tal vez, felón o villano o de naturaleza desagradable o lleno de arrogancia. ¿Qué es lo que digo? ¿De qué forma me ha ofendido? ¿Qué debo reprocharle? ¿Por qué alabarlo? Debo más bien callarme. Yo solía ser bondadosa. ¿De dónde me viene ahora tal felonía? Nadie en el mundo podría negar que él es bello sobre manera. Ningún hombre de tan buen talante podría, pues, ser malvado. Me equivoco, no lo reprobaré más.

Sí, él es hermoso y bueno. ¿Y a ti qué te importa? ¡No te pertenece! ¡Ah! ¿Qué hacer? ¿Será tuyo? No es razonable ni bien ni justo que yo pida un marido, si no es por la decisión del rey. ¿Lo decidirá? ¡Desdichada, qué larga espera! ¡No tendré jamás satisfacción ni placer! En verdad, si yo fuera sensata la decisión del rey no esperarí. ¿De dónde te vienen estas palabras? ¡Antes eras sensata, ahora estas loca! ¿Quieres por ti misma tal decisión tomar? ¿No sería mejor esperar? Hija eres de rey y de reina: esposo te darán que te convenga. Debes para esto esperar un poco. ¿Y si ese esposo no es de mi gusto? ¿Qué es esto, Dané? ¿No tienes pues vergüenza? El placer, ¿sabes qué es? ¿Te agrada más ese otro? — ¡Sí, a fe mía! Pero yo no sé qué medidas tomar. Ni puedo ver muy bien cómo hacérselo saber. ¿Quieres tú que él lo sepa? Sí, con ansias, pues él, y todo lo que le vi hacer, me agrada más que nada.

¡Oh! ¡Dios! ¿A quién no le gustaría él? ¡Él, que vi tan bello, tan noble! ¡Qué pies en los estribos de plata! ¡Qué rostro, qué cuerpo, qué brazos, qué manos! ¡Qué bonita era su silla y su arreo! ¡Qué ojos, qué boca para besar! ¡Cómo se sentaba de bien en su caballo destretero! ¡Oh! ¡Dios! ¿Podré vivir tanto para realizar mi deseo? Si yo estuviera cerca de él creería haber nacido bajo una buena estrella. ¿Creerías? Así es de verdad, sin falla. ¡Desdichada! ¡En qué gran tormento estoy! No sé qué hacer y estoy llena de estupor. ¡Necesito un consejo!»

Así se lamenta la doncella. Pasa toda la noche en tal sufrimiento, ora llora, ora piensa, ora yace, ora se sienta, ora quiere levantarse, ora se hace reproches, ora se reconforta y luego quisiera estar muerta. En gran tormento, en gran dolor estuvo hasta que volvió el día. Angustiada estaba y cansada, luego tuvo un poco de alivio a semejante angustia mortal. Los ojos se le cierran, se duerme. Antes de que pueda ver levantarse el día se despierta, no puede dormir más y se para al pie de la ventana. Mira a la izquierda y a la derecha, por si puede ver en alguna parte aquel que la enciende y la abrasa, pues por allí debe pasar a esa hora para ir al bosque. Después de haber mucho tiempo esperado, se asoma, pues ha visto venir de lejos al joven. ¡Le parece que jamás ha visto alguien con belleza igual ni de tan bello porte! Entonces se lamenta, suspira y tiembla. Tanto como puede verlo de cerca, lo sigue con la mirada, encontrando de esta forma algo de alivio. Pero cuando lo ve alejarse, su cuerpo la traiciona, sus pies le fallan, cae desmayada sobre el piso, y su dolor resurge. Primero decide enviarle un mensajero, luego cambia de opinión, sin saber, se dice ella, a qué mensajero osaría confiar sus sentimientos.

«¡Oh! ¡Dios! dice ella, ¡en qué sufrimiento me hunde este mal que me atormenta! Jamás supe nada del amor y ahora me hace cambiar de color. Jamás conocí lo que era amar y ahora lo aprendo por primera vez, ¡ahora tiemblo sin tener frío! Si aquel que tanto amo me amara también, o si alguien le pudiera hablar y que mi padre estuviera de acuerdo, yo podría tenerlo para mí de acuerdo a la ley. Pero no es conveniente que yo se lo pida. Nos parecemos en la belleza y en la edad. Y si no somos de mismo rango, él es sin embargo de buena familia y, además, no somos parientes.

Dané, ¿qué dices? Esto no te ayuda para nada. A tu padre no le interesan tus tormentos. El tiene otras preocupaciones. ¿Qué pasará entonces conmigo? No puedo soportar mucho más tiempo este tormento. Voy a hacer saber a este joven lo que deseo, pero no tengo a nadie a quien poder confiar este mensaje. Es por lo tanto preferible que yo misma se lo diga. Y si me rechaza, ¿qué podría cambiar un mensajero? Nadie será mejor mensajero que aquel a quien le concierne el asunto, si se atreve. ¿Y dónde piensas encontrar ese joven? ¿Cómo podrás hablarle? De esto no tengo miedo: lo veré mañana, al amanecer. Me las ingeniaré para salir sin que los que duermen en la habitación se den cuenta. Lo esperaré en el camino que él toma todas las mañanas. Cuando esté un poco alejado de los otros, iré hacia él, y me arrojaré a sus pies. Le imploraré: «¡Por Dios piedad!» Cuando le haya confesado todo, le contaré toda mi vida, cómo Amor me tiene en su poder.

¿Qué es esto, Dané, que vuelves a decir? ¿Tan rápido has perdido la sensatez? ¿Has perdido toda vergüenza? ¿Qué furor te ha así invadido? ¿Estás tan loca y tan insensata para que te vayas así como una perdida? ¿Sabes que eres hija de rey? ¡Vaya preocupación! Amor no hace caso del poder terrestre. El no ama en verdad a quien no sabe suplicar. ¡Desdichada! ¡He perdido completamente la razón! ¿Qué acabo de decir? Cuando lo pienso, creo que estoy completamente loca. Renuncio pues a tal proyecto. ¿Y cómo ir a su búsqueda si no conozco ninguna ruta ni camino? ¿Y qué importa? Esto no me preocupa demasiado ya que Amor me sabrá guiar.»

Después de haber largamente debatido, toma la decisión de ir a buscarlo, esto es lo que resolvió. La noche se va, el día vuelve.

La doncella está llena de angustia; no durmió nada hasta que vino el día. Tan pronto como vió la claridad salió suavemente de la cama. ¡Maravilloso es Amor que tanto hace que a todos inflama y atrae! Al sabio le extrae toda vergüenza y su saber no le sirve de nada. Le enseña a la doncella cómo salir de noche, sola, cuando hace mal tiempo y está oscuro. Amor tiene el corazón cruel y duro; una vez que ha atrapado un ser, no tendrá de él piedad alguna. Le arrastra con el corazón temblando, lleno de emoción, allí donde él quiera e inclusive, a veces, hasta la muerte. A Amor no le interesa si se actúa bien o mal. De esta Dané, hija de un rey, se ha apoderado tan bien que ella ha olvidado su rango y su posición. Ella no reprime más sus locos pensamientos; piensa que todo lo que hace está bien. ¡Oh! ¡Dios! ¡en qué locura va a lanzarse! Abrió la habitación, se escapó por una pequeña puerta y va hasta el final del camino. No se detiene hasta llegar a un bosque que había cerca de la ciudad pues ella había bien visto desde su ventana que el joven allí venía. Entonces se sentó en un arbusto, desnuda bajo su camisa y cubierta de un abrigo. Allí espera al joven pensando en lo que va a decirle.

«Dios, dice ella, cuando él venga dame fuerzas para decirle francamente todo lo que tengo que decirle.»

Una vez terminada esta súplica, ella ve los compañeros del joven. Cuando llegan cerca de ella, no se atreve a mirarlos más y detrás de un árbol se esconde. Ellos siguen derecho y se van. Y Narciso venía después, solo, en la mitad del camino. Ya estaban sus compañeros lejos de un tiro de ballesta, cuando la doncella se dirigió derecho hacia él. El la miró y la encontró bella; al verla levantada a una hora tan temprana piensa que tal vez sea una diosa o un hada. Del caballo descende y la saluda. La joven se le acerca, sin dirigirle ninguna palabra los ojos le besa y lo abraza. Sorprendido por este gesto, él le pregunta quién es y a dónde va.

«Señor, le dice ella, que no te importune una desdichada que la felicidad abandona, que estima en tan poco su vida, si no es para poner su suerte entre tus manos. Bello señor, yo te lo digo: te deseo más que nada. Por ti mi corazón sufre tal angustia que ahora es completamente justo que tengas piedad de mí. No he confiado este mensaje a nadie, te lo imploro yo misma; es por mí misma que ruego y no por ninguna otra persona. Mira, aprende quién soy: yo que de esta forma te hablo soy la hija de tu señor el rey. Noche y día no ceso de atormentarme por tu amor. Es Amor quien me ha conducido hacia aquí. Amor me ha dado el coraje: de otra forma no hubiese venido. ¡Que obtenga piedad quien la suplica, pues de ti depende mi vida entera! Tú sólo puedes darme la salud. ¡Bello señor otórgame tu amor! Dame la salud, quítame el dolor. Justo es que nos amemos: tenemos la misma edad y nuestra belleza es semejante.»

Narciso sonrío al escucharla, luego la mira y le dice:

«Por Dios, doncella, estás muy loca al dirigirme tales palabras y mala cosa has comenzado al decidirte a amar. ¡Hubieras hecho mejor quedándote durmiendo! ¿Cómo te atreves a venir aquí, completamente sola? ¡Tu conducta me sorprende! Eres demasiado arriesgada. Esto me parece una gran locura. ¿Debe andar así la hija de un rey? Ni a mi ni a ti nos incumbe, poco o mucho, que sepamos amar, pues todavía somos demasiado jóvenes. Dices que Amor te atormenta pero yo no puedo hacer nada por ti: yo no sé nada de tal sufrimiento y espero no tener que saberlo pronto. Pero

si es verdad que él te atormenta así, tendré cuidado: Dios no quiera que yo lo experimente para sufrir también. Yo no quiero saber nada del amor. Entonces te lo digo: ¡devuélvete! Pierdes y gastas tu súplica.»

Al escuchar esta respuesta la joven se acerca más a él. Ella suspira, llora pero es en vano. Tira hacia atrás su abrigo: está desnuda, su cuerpo es bello. Tanto la han hecho sufrir el frío y la tierra dura del camino que la sangre sale de sus dedos y ensangrenta sus pies. Las lágrimas se deslizan por su rostro. Ella le tiende sus manos y las entrelaza –el joven mira bien lo que ella hace y le dice que esto no sirve de nada– sus manos desnudas, sin guantes y sin adornos eran más blancas que la nieve. El ve sus ojos llorar tiernamente y que lo miran dulcemente. Su piel es blanca bajo la camisa. Pero él no siente ninguna piedad. ¡Dios! ¡Qué corazón tan duro y tan felón! Bajo el cielo no hay poderoso señor, príncipe, conde, rey, tan grande que sea, ni emperador ni emir que se hubiese podido retener mucho tiempo antes de llorar con ella. Pero a él no le importa nada de lo que ella dice. Injustamente le rehusa toda piedad. Cuando Narciso se alejó, ella tenía todavía cosas que decirle. Pero ella se queda allí y de dolor se desmaya. Cuando recupera el sentido deplora su suerte.

«¡Desdichada, dice, esta es mi muerte pues ya nada me reconforta! Estoy muerta y maltratada, toda esperanza está perdida, todo lo que he dicho no ha servido de nada. Todo bien me huye, todos los males me suceden. Dané, bien te lo decía pero nada quisiste creer. Que él osara tratarme así. ¡Por Dios, él me ha deshonrado! Bien lo veo y de esto me quejo y estoy profundamente ofendida. ¡Desdeñarme a mí! ¿No soy yo pues la hija del rey y él, el hijo de uno de sus hombres? ¡Ay, Dios, qué carga tan pesada, tan difícil de sostener! ¿Qué va a ser de mí? ¡Dios! ¿Qué desgracia que ojos tan bellos estén llenos de tanto orgullo! Si él fuera feo, yo sufriría menos pero es su belleza el origen de mi sufrimiento. Me habló de forma muy grosera. ¿Qué le disgustó? A fe mía, ¡no lo sé! ¿Qué le disgustó en mí? ¡Es que él es cruel y malvado! Soy de origen noble, soy virgen, soy bastante agradable y bella. Tengo bellos pies y bellas manos. No hay otra conclusión: él es un villano, un ser cruel y mal educado. ¡Desdichada! ¿No vió él mis pies por su causa ensangrentados y llenos de espinas? ¿Esto no lo conmovió?

¿Pero qué es lo que estoy diciendo? Lo amo demasiado y aun más. En verdad, por Dios, y quiero amarlo. Yo no puedo olvidarlo. El amor que siento por él está todavía presente pues su belleza, si quiero alejarme, me hace volver a su llamado. No me importa lo que él ha hecho, si acaso se arrepintiese y volviese para excusarse. Pero a él le preocupa muy poco el reparar sus faltas pues su naturaleza es mala. Yo no puedo dejarle, yo no puedo abandonarle ni puedo dejar de amarlo. No sé por qué y esto me maravilla.

Tengo que encontrar otra solución. Voy a enviarle un mensajero. Él no tendrá tan duro el corazón si lo solicito con frecuencia: podré vencerlo a fuerza de importunarlo. Me disgusta ahora cuanto he dicho: si yo misma he fallado, ¿para qué enviar a otro? ¡No sé lo que hago, no sé donde estoy! ¿Quién soy yo? ¿Quién es mi padre? Es el rey. ¿Y mi madre? ¿No sabes pues quién? Es la reina. ¡Mentira! Soy huérfana: no tengo amigo ni pariente ni nadie que me dé un buen consejo. ¡Por Dios, sí lo tienes! ¡Tú eres Dané! ¿Perdí entonces la razón? Yo solía ser más sensata. ¿Me convertí en una salvaje? ¿Qué hago en este bosque? ¿Qué vine a buscar aquí? ¡Estoy actuando de forma errada! Es obra de Amor. ¿Pero qué es Amor? ¡Desdichada, no lo sé! Le nombraría con más justeza si le llamara locura. Me hace llevar una muy mala vida: ora estoy en paz, ora estoy en guerra. ¡Pero vosotros, dioses del cielo y de la tierra, dioses del aire y del mar, todos vosotros que sabéis lo que es el amor y que estáis bajo su mandato, y tú Venus que me has traicionado junto con el dios de amor,

tu hijo, salvadme de este peligro y tomad venganza de aquel por quien yo muero sin esperanza! Haced que él sepa quién es Amor, ¡tanto así que no pueda tener auxilio!»

Los dioses no han sido sordos a su súplica: todo lo que ella pide se cumplirá. Ella se dirige derecho a la puerta de su habitación y allí se encierra.

Narciso había hecho salir del bosque un ciervo. Con sus compañeros lo habían perseguido todo el día. El calor era agobiante pues el sol estaba alto; y después del medio día, el joven estaba extremadamente acalorado; se separa de sus compañeros y va buscando agua para beber. Entonces encontró una fuente que era muy clara y dulce y sana. La hierba que crecía alrededor era alta y tupida. Él ve el agua profunda y bella, claros el arroyo y la arena. Se baja cerca del brocal de mármol y ata su caballo a un árbol. Tiene muchas ganas de quedarse allí. Y cuando va a calmar su sed, de otra sed es inflamado que le causa un mal mucho más grande. Cuando se inclina y bebe, ve dentro de la fuente la sombra que está del otro lado. Le parece que le mira y piensa que sea tal vez un hada de las aguas, guardiana de la fuente. Amor se pone rápidamente manos a la obra: mientras que el joven se demora al borde de la fuente y, desconcertado, contempla la sombra, maravillándose de lo que ve, comienza a amarla, de tal forma, que él no puede apartar sus ojos. Cuanto más la mira más le gusta. No pronuncia una sola palabra, al contrario, se calla, pues teme que al oírle hablar no quiera quedarse más. Pero él le mira fijamente el rostro, el cuerpo que le parece tan agradable; alaba los ojos, las manos, los dedos; está muy angustiado y destrozado. No sabe qué ve; el agua le miente: es él mismo quien se admira y no se da cuenta. ¡Es su belleza que él contempla y él mismo se engaña! He aquí aquel que antes condenaba Amor; Amor que lo ha puesto ahora en tal estado de aprensión. Ahora el joven le ruega, suspira y llora. Ahora le ruega que lo socorra. Pero su error es otro: no puede callarse y no se atreve a hablar. Se lamenta y luego suspira; incapaz de callarse por más tiempo dice:

«Ser que allí veo, no sé como debo llamarte: si debes ser llamada ninfa o si eres diosa o hada. Quien quiera que tu seas, ven aquí afuera y muéstrame todo tu cuerpo. ¡No debes ser demasiado esquiva! ¡Ven aquí! ¿Por qué te retiras? ¿Por qué eres cruel conmigo? No soy sin embargo menos bello que tú. Varias veces he sido solicitado; ahora estoy asaltado por un mal ardor; ahora sé bien lo que sentían aquellas que me amaban, que ellas se quejaban con razón. ¿Por qué te vas ahora escondiendo? ¡Háblame, ven aquí! Fácilmente puedes pasar: entre los dos no hay ningún mar que nos separe, sino un poco de agua que me asesina. ¡Desdichado! ¿Escucha ella lo que digo? ¡No! ¡Tal vez el agua es demasiado profunda! ¡Por Dios, sí me escucha y me responde! Veo mover sus labios pero no puedo escuchar lo que dice. El agua no deja la voz venir y hace que no la pueda oír. ¡Ah, desdichado! ¿Por qué no puedo escucharla hablar? ¿Por qué no viene aquí afuera a mostrarse? O es la causa de un gran orgullo o es que no quiere lo que yo quiero. Sin embargo, cuando yo río, la veo reír; cuando yo suspiro, ella suspira; y cuando yo lloro, ella también: pues ella no para y no hace otra cosa que lo que yo hago. Yo veo las lágrimas en su rostro, y, si me arranco los cabellos, ella hace lo mismo. ¿Pero por qué lo hace? Si ella me amase, saldría del agua y se mostraría. O quiere burlarse de mí o no puede a mí venir. ¿Qué hacer? ¿Qué decir? Ora pienso, ora lloro, y ora quiero reír; ora el dolor vuelve y sufro, ora no sé lo que yo quiero. El corazón me quema y luego tengo frío. ¿Qué frío es este que tengo? ¿Y cómo comprender que tenga tanto frío en el cuerpo, cuando hace tanto calor afuera? Ahora me acuerdo que he oído decir que tal tormento y tal martirio y tal vida suelen llevar aquellos que se someten al amor.

¿Es pues Amor quien así me trata y me hace sufrir dolor y pena? De Amor no sé nada, sólo sé que es grande su poder y que él me atormenta y tortura. Esto lo sé bien y lo creo sin duda. Pero de dónde viene, ni quién es, dónde vive, dónde se le puede ver, qué gentes, qué tierras tiene bajo su poder, esto no lo puedo saber por mí mismo. ¿Pero por qué iría yo a su búsqueda? Su país, sus tierras, por qué preguntar dónde están, si está él tan cerca: lo siento muy cruel dentro de mí. ¡No tengo que buscarlo lejos! Ya he visto su comportamiento. ¡Ahora creo saber de dónde viene! ¡Sin embargo hasta ahora no sabía nada! Amor ha nacido en una montaña, en las rocas de una tierra salvaje donde todos los días hay nieve y hielo. Duro tiene el corazón, dura la cara, corazón de diamante, venas de hierro. Su morada está en el infierno. No fue sensato, al contrario, cometió un error, aquel que entre los dioses lo puso: ¡no se había fijado bien en su malvado corazón, en su crueldad! Los dioses no causan daño a la gente, pero Amor quiere siempre atormentar. Es felón y duro con los grandes hombres y bueno con los siervos y los bribones. No creeré nunca, digan lo que digan, que en el cielo tenga él algún poder.

¡Conoces ya bastante sobre Amor! ¿Quién te ha dicho tanto? ¿Tu corazón? ¿Cómo puede ser que sin maestro tú sepas tanto? Amor es el maestro que me instruye, que arde y quema mi cuerpo. El me enseña toda su naturaleza y así me atormenta sin medida. ¡Ah dulce ser que así me inflamas, si tú supieras qué tormentos y qué penas tengo por ti, vendrías a hablarme! Yo estoy a punto de morir, no queda otra solución. ¡Mañana, antes de que pueda ver el sol, me podrán encontrar aquí muerto, si no puedo tener algún consuelo! ¡Tu corazón es o muy esquivo o muy felón, pues con gusto me miras, así como lo veo en tu semblante, y no quieres acercarte a mí! Y yo muy dulcemente te pido que de mí tengas piedad. Lo que yo hago te veo hacer y ninguna otra cosa me puede gustar más; he dejado todo el mundo por ti. Tú me has completamente subyugado.»

Así se queja y no puede alejarse; allí quiere vivir o morir. Ninguna otra solución le agrada. El sol ya se estaba ocultando. Sufrió toda la noche; se quedó allí hasta el amanecer, no comió ni bebió, ni se dió cuenta de su locura. Mientras llora y muestra su gran dolor, las lágrimas trastornan la fuente y por el agua así trastornada no puede ver lo que solía.

«¡Ah, desdichado! dice, qué sucedió con ella? A dónde se fue? La he perdido y me he quedado aquí completamente solo, desgraciado, doliente y angustiado! Nadie me acompaña si no es Amor que me atormenta. El no me abandona. ¡Debo morir! –¿y qué me importa? ¡Prefiero morir rápidamente que en tal pena estar largamente!»

Mira entonces otra vez y ve la sombra que aparece en el agua. Sonríe y le parece que ella le ha sonreído también. Entonces está aun más atormentado; besa el agua más de cien veces, le parece que la sombra está muy cerca, no se puede retener más: tiende los brazos, le parece agarrarla. Pero por más que tienda los brazos y los estreche, no puede ni sentirla ni tocarla. Entonces comienza a pensar y ve que no la puede alcanzar; y está tan cerca, no se mueve, –así le huye y le engaña– y cree que se trata de una ilusión. Recobra un poco su juicio, entonces se da cuenta de su engaño y ve que es una sombra que él ama. Mucho se reprueba y se considera un loco y sin embargo no sabe qué hacer, su corazón no puede de ella separar. Perdido está, no puede alejarse ni volver al buen camino, arde tanto que no se puede separar de este sentimiento. Entre más se desespera, la angustia es aun más grande: él se atormenta y se asesina; no sabe qué hacer ni qué decir.

«Bien sé que el adivino dijo la verdad. Mi muerte está cerca, este es el fin: en un lugar insensato he puesto mi deseo, un lugar que nunca alcanzaré. Ahora siento y creo y sé

verdaderamente que no puedo tener esperanza y entre más estoy angustiado, más me arde y me prende el fuego. Antes al menos era un placer y un gran consuelo mirarla; y pensaba ver algo en la sombra que me engañaba. Así me hacía algún bien. Pero ahora sé que nada veo. Por esto el mal me atormenta más; no puedo estar una hora en paz; no amo ningún ser vivo. ¿Qué puedo pedir? ¿Cuál amor es este que me hace sufrir, cuando amo y no sé qué quiero? El cuerpo, el rostro que veo aquí, todo puedo encontrarlo en mí. ¡Me amo a mí mismo! ¡Esto es una locura! ¿Alguna vez fue escuchado semejante furor? ¡Desdichado! Siento que este mal aumenta y no veo hombre alguno que me compadezca.

¡Vosotros campos, vosotros prados que me rodeáis, por Dios, mirad mi dolor! ¡Tened compasión de mi corazón y de mi belleza y decid: «por desgracia suya este niño nació que de semejante mal sufre y muere por gran desventura»! Y tú, bosque que aquí te extiendes, que eres tan grande y antiguo, hace mucho que has crecido y has visto ya bastantes amores, dime pues si jamás viste un amor tan angustioso! ¡Piensa y dímelo! ¡No, a fe mía, yo lo sé bien! Vosotros, dioses, que juzgáis todo el mundo, ¡tened piedad de mí! ¿Por qué me haceis languidecer tanto? Mas bien quisiera morir. ¡Ay! ¿Qué dioses son estos? ¿Por qué no me socorre ninguno, cuando me ven terminar de esta forma? No son tan bondadosos, me parece, como me lo han dicho. ¿Tienen algún poder en este asunto, cuando los invoco y los imploro pero no se apiadan de mí? ¿Debo pues creer que no pueden ni hacer mal ni ayudar?

¿De dónde me viene esto que digo, desdichado? No debo creer y no lo creo. Perdonadme, dioses, pues hablo como un insensato, como un hombre atrapado por una locura tal que no sé por qué languidezco, que no sé qué pedir, excepto aquello que no se me puede dar. Conmigo viene y conmigo va esta cosa que tanto mal me hace: en mí está todo aquello que quiero. Y no sé por qué yo sufro. Yo soy aquello que tanto deseo: ¡yo mismo me hago languidecer! Ya que tengo lo que pido, ¿por qué no realizo mi deseo? No lo sé, pues amo y soy amado, y aquello que amo me ama y sufre también. Así, no podemos encontrar una solución. ¿Podemos? No, «puedo», pues estoy solo, este amor no es de dos. ¿Implorar? ¿Y a quién debo implorar? Aquello que amo no me puede ayudar ni puede darme consejo. No hay otra solución: debo morir.

¡Ay! Me quejo pero nadie me escucha. Mis padres no saben nada. ¿Qué pasó con mis compañeros que me perdieron? Estoy alejado de todas las gentes, en este bosque, completamente abandonado. Me parece que todos me odian. ¡Ay! ¿Por qué no lo sabe mi madre? Ella hubiera venido a compadecerme y llorar conmigo, ella me hubiera podido reconfortar. Pero nadie me ha concedido una simple mirada, ¿no hay nadie que me compadezca, a mí y a mi belleza? Pero sí, por lo menos la doncella que encontré ayer tan bella, que se clamaba desdichada y miserable, que me imploraba que la amara. ¡Ahora puedo yo llamarme desdichado cuando no quise amarla! ¡Ay! Fui tan villano y lleno de gran felonía y fui tan duro y malo que ella no me pudo gustar. ¡Dios, bello señor, si solamente ella viniera ahora! ¡Ella me sería más útil que padre, madre o hermana! Si yo pudiera cambiar mi corazón y dominar mis sentimientos para olvidar este furor. Pues Amor me ha abrasado tanto que tengo que amar a mi pesar. Pero una cosa entiendo bien: si mi amor supiera dónde dirigirse, y yo viera otro que yo mismo, yo no estaría en tal tormento. ¡Dios! Si ella ahora viniera por aventura podría estar bien segura de conquistar mi amor y me liberaría así de esta languidez. Bien me debía suceder esta desgracia cuando no la quise escuchar.»

Mientras habla así y se censura, el corazón le falla, tres veces se desmaya y pierde el uso de la palabra. Abre los ojos y ve a Dané que viene toda enloquecida, Amor la había encendido tanto que

toda desnuda bajo su abrigo iba buscando al joven. Él la mira pero no dice ni una palabra, pues quiere hablar pero no puede; la fuente le muestra con el dedo y la sombra que tanto lo engaña. Narciso tiende los brazos hacia Dané, mueve los labios, los ojos abre; tanto como puede le hace entender que se arrepiente. Ella lo observa y comprende bien, hacia él se dirige sin decir una palabra. El joven se atormenta y de dolor se muere. Ella lo besa, ella lo coge en sus brazos, se desmaya y luego vuelve en sí. Ella lo toma por el cuello, ella lo estrecha entre sus brazos, le besa los ojos, le besa la cara.

«¡Ay! dice ella, ¡dulce amigo, cómo habéis sido sorprendido por la muerte! ¡Buena cara me queréis mostrar, pero no podéis hablarme! ¡Desdichada, qué triste unión, qué doloroso abrazo, qué corto placer, qué corta dicha, qué grande angustia que me mata! ¡Desdichada, mi súplica es su muerte! Ahora no hay otro consuelo: debo morir junto a él pues amo más la muerte que la vida.»

El joven muere, su alma se va. La doncella se acerca más, a ella lo atrae con tanta fuerza que su alma hace partir. Esto ha hecho Amor que la atacó; ambos murieron de esta forma. ¡Que se guarden, todos los que aman, de no morir de la misma manera!